

Oliverio simulaba libros que consistían sobre todo en páginas en blanco, carátulas. Si le publicaran las obras completas, bueno, no llegarían a una página. ¿Si hay un posible paralelismo conmigo? ¡Pero no!, yo alguna página rescatable creo haber escrito. Oliverio era un infeliz, Xul Solar en cambio era un hombre de genio. El se reía de Xul Solar y después lo plagió tardíamente en un libro que se llama En la masmédu-la. Una vez recuerdo que nos reunimos los miembros de la revista Martín Fierro y dijimos ¿cuál es el más flojo?, algunos pensaban en un escritor, Piñero, que murió, pero en general dijimos que el más flojo era Oliverio Girondo. El estaba muy interesado en la venta de los libros, fue uno de los precursores de la promoción, que se ignoraba entonces. Yo publiqué mi primer libro, Fervor de Buenos Aires, en el año 23, y no se me ocurrió mandar un solo ejemplar a la librerías, o a los diarios, o a otros escritores, y lo distribuí entre mis amigos, pero él no; claro, él vino de París y trajo ese concepto comercial de la literatura. Las cartas de Oliverio Girondo no se entendían, eran como Finnegans Wake. Un día me dijo que había conseguido un español macanudo que le corregía los originales, porque cuando se los corregía Ricardo Güiraldes se los llenaba de paréntesis, comas, cremas diéresis, etc. Y al pobre Oliverio, caramba, eso no le agradaba.

(Entrevista realizada por integrantes de la Revista XUL en 1983.)



ARTURO CUADRADO

Oliverio Girondo ha sido para mí como para todos los españoles uno de los mejores poetas que tenemos. En España lo consideramos uno de sus mejores poetas, es decir, que antes de ser conocido en Buenos Aires, en Madrid la Revista de Occidente, que dirigía Ortega y Gasset, abre sus puertas a la poesía y convoca a García Lorca, Rafael Alberti, Luis Cernuda, toda esa gran generación de la poesía entra de la mano de Ortega. Luego entra Miguel Hernández y de pronto ¿quién figura entre las páginas de la Revista de Occidente? Pues Girondo. Es el primer poeta americano que logra entrar en la revista dirigida por Ortega y Gasset. Un día bajábamos nosotros por la calle Esmeralda recordando el itinerario que hacíamos con Federico García Lorca y Oliverio me dice "Arturo, tú que diriges una antología sonora, ¿por qué no me grabas la voz?". Pide él grabar su voz. Mucha gente rehuye grabar la voz porque piensan que puede significar la inmortalidad, y la muerte. "Vamos a hacer una colección nueva, 'La palabra en el viento', para inaugurar una nueva serie de voces con la tuya", le dije. Oliverio feliz de grabar. Al rato no más fuimos a los estudios de grabación, que estaban en la calle Tucumán, y comprometimos un horario. El día que apareció él para grabar se sentó, estuvo mirando todo ese mundo ficticio que es la grabación, de actores, de actrices, de ayudantes, y era un espectáculo. Comenzó a grabar y a los pocos segundos paró. El técnico o ingeniero dice "continúe la grabación". "No, no grabo más". Y nos fuimos. No estaba contento ese día él mismo de su voz. Cosa verdaderamente extraordinaria: el hombre que duda de su voz. Y en el Imparcial, tomando manzanilla y comiendo caracoles, él me dice "Arturo, yo me temo que voy a morir pronto. Pero antes voy a dejar mi voz, voy a dejar esta grabación para que quede como ejemplo a los poetas jóvenes de cómo hay que trabajar". Y surge una extraña pregunta: "yo quisiera conocer a la más importante poeta joven de Buenos Aires". "Como los poetas tenemos el don de hacer los milagros, yo te voy a llevar en estos días a la casa de la poeta más joven

de Buenos Aires, la más extraordinaria de todas ellas". Sale el disco hecho y dice "Arturo, quiero escucharlo en mi casa". Y en una reunión muy íntima, estaba Olga Orozco, escuchamos la grabación. El está en silencio, está gozándose a sí mismo y cuando termina la primera cara de pasarse, se levanta y aplaude. Se aplaude a sí mismo. Estaba tan contento de que había salido perfecto el disco, pues era una grabación extraordinaria, que no quiso escuchar la segunda parte. Dijo "Norah, trae vino" y pasamos toda la noche escuchándolo hablar; en realidad escucharlo era como una fiesta. En fin, yo sé que se va a morir y me preparo ante su muerte a que conozca a la nueva poeta argentina. El bar Moderno era uno de los grandes focos intelectuales de la Argentina. Allí íbamos todos. Y allí conocí a una jovencita que me anduvo fastidiando durante un tiempo, tendría trece o catorce años y me dio su dirección. Yo le aviso que Oliverio Gironde va a ir a su casa y queda deslumbrada. Y lo llevé. Cuando íbamos a él se le ocurrió pasar por la Avda. de Mayo y compró dos botellas de vino Marqués de Riscal, el vino que toma la nobleza española. Aparecimos en un conventillo de la calle Asamblea, en Parque Chacabuco. Y en el conventillo, en uno de esos patios de conventillo, se estaba haciendo un asadito. Está una señora de 90 años, la abuela, está la madre, está un hermano, está la poeta y está una vecina. Y cuando Oliverio entra —hay velas, esta casa, un conventillo, no tiene luz eléctrica— está la mesa, está el fueguito del asador, y nos sentamos. Oliverio se sienta entre la abuela y la poeta. El, habituado a las grandes residencias argentinas, se encuentra con que la gran poeta que viene está en un conventillo. Es el pueblo. Y comienza a hablar. Y habla sobre Rimbaud. La mejor conferencia que se pueda escuchar sobre Rimbaud la dice él así, a analfabetos. En vez de dar esta conferencia en una catedral lo hace hablando entre dos velas, cinco analfabetos y el Marqués de Riscal. Se termina el Marqués de Riscal y viene una damajuana. Y viene ya el amanecer y él sigue hablando. Pero se detiene y dice "¿pero yo a qué vengo. Arturo, a qué me traes aquí. No veníamos a ver a la poeta?" "Sí, ésta es la chica". "¿tú, tan joven?". "Sí". "Bueno, a ver, un poema tuyo". Y la chica se levanta, rompe su blusa y enseña los dos pechos. Dos pechos de una chica de trece años. Oliverio ve las dos tetas de la chiquilina y ¿qué hace? Se queda mirando, extasiado, esa cosa inesperada, la gran poesía del cuerpo. Y dice "Arturo, vámonos". Nos levantamos y nos fuimos. Oliverio, hombre de una sensualidad que se proyectaba sobre las mujeres y el vino, por ese gran momento suyo, llega a la adoración de una venus es el cuerpo de esa muchacha. A los pocos días me llama Nora, me dice que él va a morir. Tres veces me llamó. También Oliverio reclamó por mí. No quise ir a verlo, no quise ir a verlo. No pude aguantar. Fui a su entierro. Había una costumbre que cuando se salía de la Recoleta se iba a un Café a tomar un vaso de vino. Y él me dice "Arturo, cuando yo me muera, te vienes aquí a tomar un vaso de vino". El día del entierro, lo recuerdo bien, con Raúl González Tuñón salimos del cementerio, después de llevar el ataúd, no con lágrimas, porque él era un hombre inmortal, y fuimos a cumplir su voluntad, a tomar Raúl y yo donde él me ordenó un vaso de vino.

(Entrevista realizada por integrantes de la Revista XUL en 1983.)

FRANCISCO MADARIAGA

Ha perjudicado siempre a los oficialismos literarios con su aptitud de absolutamente poeta natural, completamente moderno. No perteneció a la legión de atrofiados artistas de mezquinas desgracias, insensibles al gran trago humano de lo justo, y carentes de una aptitud contraria de las miserias, las humillaciones y el desprecio, de toda índole, que ejercen las explotaciones modernas, en todos los órdenes. Pero, tampoco perteneció a la otra legión de declamadores, con pretensiones de sociales o de humanistas. Del humanismo vulgar, lamentador, inapetente, de los "niveladores por la base". Los primeros: artistas a medias, desencantados "contempladores", enfermos de atrasadas dolencias menores, arrastradas del siglo pasado, pero mendicantes y sin defensas. Los segun-

dos: inferiorizadores de las ideas, o de la visión del mundo que pretenden representar en el plano estético: siempre, en el fondo, conformistas y, realmente, irreales. En Oliverio Gironde, un verdadero espíritu criollo ha provocado, siempre, subterráneamente, a su poeta, y éste le ha consagrado, y devuelto, los abismos más libres y sangrantes.

OLGA OROZCO

(. . .) esos largos diez años de lucha denodada contra las trampas y las falacias del lenguaje, esos años en que Oliverio Gironde se desvela en la quinta de Glew o en su casa de la calle Suipacha combatiendo hasta el amanecer con las imágenes inasibles y las fantasmagóricas palabras. Diez carpetas de papeles que pueden ser diez libros arden y se consumen en la nada, simbolizando, tal vez, un acto de fe en la idea del aniquilamiento y en la convicción de la inutilidad total.

Yo lo conozco casi al final de esa época, en 1939. La poco más que tímida adolescente que yo era, estaba sentada en una comida de escritores frente a ese caballero de copiosa barba negra, ojos desorbitados y conversación deslumbrante, que devoraba su polenta con pajaritos con modales aristocráticos, matizados por algunos gestos y algunas exclamaciones de troglodita. Me impresionaban su vitalidad desbordante, su ingenio inagotable, sus exclamaciones energuménicas, su potente y hermosa voz de Júpiter tonante o de justo San Pedro, pero, sobre todo, su mirada implacable, tierna, comprensiva y acusadora a la vez, en la que se podían ver desfilar todos los fulgores de la admonición y de la compasión humanas. Me sentí culpable de todos mis defectos y absuelta por toda la magnitud de mi insignificancia, y no pude evitar una lágrima de solidaridad piadosa con esos humildes pajaritos, con esos frágiles huesecitos que crujían, tan lamentables, entre sus gozosas y olímpicas fauces. Aún está vivo el ademán de autocondena con que rechazó de pronto el plato y más viva aún la expresión de aniquiladora indulgencia con que exclamó: "No puedo comer cuando una niña llora". Fue el comienzo de una larga amistad que duró hasta el final, amistad en la que siempre quedé temblando una lágrima de perturbadora inhibición, amistad protectora y abierta que recibí como un privilegio sorprendente, siempre nuevo, siempre conmovedor, y que será uno de los grandes y mejores recuerdos que me lleve de este duro planeta.

Comencé a frecuentar entonces esa casa única de la calle Suipacha, en la cual, a lo largo de más de veintiocho años, vi desfilar a la juventud más efervescente, a los artistas extranjeros más extraordinarios, a los artistas argentinos más valiosos y más auténticos. Aquel espantapájaros que había anunciado, tan espectacularmente, la salida del libro del mismo nombre, recibía al visitante en lo alto de los ocho escalones de la entrada; después se penetraba como para siempre en esos ámbitos donde reinaban tanagras, huacos, Figaris y negros venecianos, entre tallas y muebles coloniales. Algo escondido, pero planeando en lo alto, un blanco albatros abría sus alas baudelerianas sobre el vuelo detenido de tantas trasnochadas (. . .)

(. . .) su obra, desde sus libros anteriores, fue recibida con silencios, con reticencias, con baluceos inexplicables. Es que los poetas que crean nuevas leyes para el juego, los que rompen las convenciones llevando el riesgo mucho más lejos, han sido siempre mal mirados. Y Oliverio Gironde ha sido entre nosotros el arcángel negro que irrumpe, avergonzado, en el momento de la mísera repartición de premios; el gran pájaro que ahuyenta con su alta sombra la asamblea de los gorriónes; el voluntario que lleva la bomba o acerca la llama a la carga de dinamita; el que marcha con el fuego sagrado los pobres ramilletes de los juegos florales; el que tiene la marca sobre la frente; el que parece el embozado porque es el emisario de otro mundo. De ahí la sospecha y el silencio.

(Fragmentos de una Conferencia pronunciada en España por Olga Orozco.)